

# Antes de Morirme

Jenny Downham



# Capítulo 1

Ojala tuviera novio, un novio que viviera colgado de la percha de mi armario. Podría sacarlo siempre que quisiera, para que me mirara como hacen los chicos de las películas, como si yo fuera guapísima. No hablaría mucho, peor suspiraría al quitarse la chaqueta de cuero y desabrochase los vaqueros. Llevaría calzoncillos blancos y estaría tan bueno que casi me desmayaría. Luego se ocurriría de desnudarme, susurrándome:

«Tessa, te quiero. Te quiero de verdad. Eres muy hermosa», exactamente esas palabras.

Me incorporo y enciendo la luz de la mesilla. Hay un bolígrafo, pero no tengo papel, así que escribo a la pared, encima: «Quiero sentir el peso de un chico sobre mí». Luego me tumbo y miro el cielo por la ventana. Se ha vuelto de un color extraño, rojo y negro a la vez, como si el día se estuviera desangrando.

Huelo a salchichas. Los sábados por la noche siempre hay salchichas. También habrá puré de patatas, col y salsa de carne con cebolla. Papá tendrá su billete de lotería (mi hermano Cal habrá elegido el número), y ambos estarán sentados delante del televisor, cenando con una bandeja en el regazo. Verán Factor X y luego ¿Quién quiere ser millonario? Después Cal se dará un baño y se irá a la cama, y papa beberá cerveza y fumara hasta que sea su hora de acostarse.

Hace un rato subió a verme. Fue hasta la ventana y abrió las cortinas.

-¡Mira qué bonito! -exclamó cuando la habitación se inundo de luz. Se veía la tarde, las copas de los árboles, el cielo. Su silueta se recortaba contra la ventana, con los brazos en jarras. Parecía un Power Ranger-. Si no quieres hablara de ella, ¿Cómo voy a ayudarte? -dijo, y se acerco para sentarse en el borde de la cama.

Yo contuve la respiración. Si lo haces a tiempo suficiente, unos destellos blancos te bailan delante de los ojos. Papa alargo la mano

para acariciar la cabeza y sus dedos masajearon suavemente el cuero cabelludo.

-Respira, Tessa –me susurró.

Pero yo cogí el sombrero de la mesilla y me tapé los ojos. Entonces él se fue.

Ahora está abajo friendo salchichas. Oigo el chisporroteo de la grasa, como borbotea la salsa en la sartén. No estoy segura de que sea normal oír todo eso desde aquí arriba, pero ya nada me sorprende. Ahora oigo a Cal bajándose la cremallera de la chaqueta, vuelve de comprar mostaza. Hace diez minutos papá le dio una libre y le dijo «No hables con gente rara». Al marcharse Cal, papá se fumó un pitillo fuera, en la puerta de atrás- se oía el susurro de las hojas caer sobre la hierba. La invasión del otoño.

-Cuelga la chaqueta y ve a ver si Tess quiere algo –dice papá-. Hay moras de sobras.

Anímalas a comer.

Cal llave zapatillas de deporte; las suelas resoplan cuando sube las escaleras a saltos y entra en mi habitación. Finjo estar dormida, pero eso no lo detiene: se inclina sobre mí.

-Me da igual que no vuelvas a hablarme nunca más –susurra. Abro un ojo y me encuentro con sus ojos azules. Sabía que estabas haciéndote la dormida. –Y sonrío de oreja a oreja de un modo encantador-. Papá pregunta si quieres moras.

-No quiero.

-¿Y qué le digo entonces?

-Dile que quiero una cría de elefante.

Suelta una carcajada.

-Voy a echarte de menos –declara, y me deja con la puerta abierta y la corriente de aire que llega desde la escalera.

## Capítulo 2

Zoey ni siquiera llama a la puerta, simplemente entra y se sienta a los pies de mi cama.

Me mira de un modo extraño, como si no esperara encontrarme aquí.

- ¿Qué haces? –pregunta.
- ¿Por qué?
- ¿Ya nunca bajas?
- ¿Te ha llamado mi padre?
- ¿Te duele?
- No.

Me mira con suspicacia, luego se levanta y se quita la chaqueta. Lleva un vestido rojo muy corto, a juego con el bolso que ha dejado caer al suelo.

-¿Vas a salir? –pregunto-. ¿Tienes una cita?

Se encoge de hombros. Se acerca a la ventana y contempla el jardín. Traza un círculo en el cristal con el dedo y dice:

- A lo mejor deberías probar creer en Dios.
- ¿Ah, sí? ¿Te parece?

Sí, quizá todos deberíamos hacerlo. Toda la humanidad.

-Yo no estoy muy de acuerdo con eso. Pienso que tal vez Dios haya muerto.

Zoey se gira hacia mí. Tiene la cara pálida, como el invierno. Por detrás de su hombro, un avión surca fugazmente el cielo.

-¿Qué has escrito en la pared?

No sé por qué dejo que lo lea. Supongo que quiero que ocurra algo. Está escrito con tinta negra. Cuando Zoey lo lee, las palabras se retuercen como arañas. Lo lee una y otra vez. No soporto que me tengan lástima.

- Esto no es como estar de vacaciones, ¿eh?- musita.
- ¿He dicho que lo fuera?
- No, pero creía que lo pensabas.

- Pues no.

- Creo que tu padre espera que pidas un poni, no un novio.

Es asombroso el sonido de nuestra risa. Me encanta, aunque duela. Reír con Zoey es una de mis actividades favoritas, porque sé que las dos tenemos las mismas imágenes estúpidas en la cabeza. Sólo tiene que decir “quizá la solución sea un rebaño de sementales” para que las dos acabemos riendo como histéricas.

- ¿Estas llorando?- me pregunta de pronto.

No estoy segura. Creo que sí. Parezco una de esas mujeres de la tele que han perdido a toda su familia. Un animal que se lame las heridas. Todo se me viene encima de golpe: mis dedos ya no son más que huesos y mi piel es prácticamente transparente. Noto cómo se multiplican las células en mi pulmón izquierdo, acumulándose como ceniza que cayera lentamente en un jarrón. Pronto no podré respirar.

- Es normal que tengas miedo.

- No lo es.

- Por supuesto que sí. Cualquier cosa que sientas es normal.

- Imagínatelo, Zoey. Imagina lo que es estar aterrada todo el tiempo.

- Lo imagino.

No es posible. ¿Cómo Podría, cuando le queda toda la vida por delante? Vuelvo a ocultarme bajo el sombrero, sólo un ratito, porque voy a echar de menos respirar. Y hablar. Y las ventanas. Voy a echar de menos los pasteles. Y los peces. Me gustan los peces. Me gusta eso que hacen con la boca: abierta, cerrada, abierta, cerrada.

Y a donde yo voy, no puedes llevar nada contigo.

Zoey me mira mientras me seco los ojos con la punta del edredón.

- Hazlo conmigo –digo.

Se sorprende

-¿Hacer qué?

- Lo tengo anotado en trocitos de papel por todas partes. Lo escribiré bien y tú me obligarás a hacerlo.

- ¿Obligarte a hacer qué? ¿Lo que has escrito en la pared?

- Y también otras cosas, pero lo del chico primero. Tú te has acostado con montones de tíos, y a mí aún nadie me ha besado siquiera.

Observo como asimila mis palabras. Se posan en algún lugar muy profundo.

- No han sido montones – replica al fin.

- Por favor, Zoey. Aunque te suplique que no lo hagas, aunque me porte fatal contigo, tú oblígame. Tengo una larga lista de cosas que quiero hacer.

- Vale – contesta, y suena como algo fácil, como si sólo estuviera pidiéndole que me visitara más a menudo.

- ¿Hablas en serio?

- Ya lo has oído, ¿no?

Me pregunto si sabe en lo que se está metiendo.

Me siento en la cama y la observo hurgar en mi armario. Creo que tiene un plan. Eso es lo bueno de Zoey. Pero será mejor que me dé prisa, porque empiezo a pensar en cosas como zanahorias. Y el aire. Y patos. Y perales. Terciopelo y seda. Lagos. Voy a echar de menos el hielo. Y el sofá. Y la sala de estar. Y la pasión de Cal por los trucos de magia. Y las cosas blancas: leche, nieve, cisnes.

Del fondo del armario, Zoey saca el vestido que papá me compró el mes pasado. Aún lleva el precio.

-Yo me pondré esto. Tú puedes ponerte el mío. –Empieza a desabrocharse el vestido.

- ¿Vamos a salir?

- Es sábado por la noche, Tess. ¿Sabes lo que significa?

Por supuesto que lo sé.

Hacia horas que no estaba en posición vertical. Me siento un poco extraña, como vacía y etérea. En ropa interior, Zoey me ayu-

da a ponerme el vestido rojo. Huele a ella. La tela es suave y se me pega al cuerpo.

- ¿Quieres que lleve esto?

- A veces es agradable sentirse como otra persona.

- ¿Cómo tú?

Se lo que piensa.

- Quizá. Tal vez alguien como yo.

Cuando me miro en el espejo, es alucinante lo distinta que me veo: con grandes ojos y peligrosa. Resulta excitante, como si cualquier cosa fuera posible. Incluso el pelo tiene buena pinta, espectacularmente corto, en lugar, simplemente, de estar creciendo de nuevo. Nos miramos, la una al lado de la otra, y luego Zoey me aparta del espejo y me lleva a sentarme en la cama. Coge la cesta de maquillaje que tengo en el tocador y se sienta junto a mí. Me concentro en su cara mientras se unta el dedo con la base y me da unos golpecitos en la mejilla. Ella tiene un pelo muy rubio y una piel muy blanca, y el acné hace que parezca un poco salvaje. Yo jamás he tenido un solo grano. Es pura suerte.

Zoey me perfila los labios y los pinta. Coge el rímel y me dice que la mira. Intento imaginar cómo sería ser ella. Es algo que hago a menudo, pero jamás lo consigo de verdad. Cuando me invita a ponerme de pie y mirarme en el espejo, resplandezco un poco. Un poco como ella.

-¿Adónde quieres ir? – pregunta

Hay un montón de sitios. El pub. Una fiesta. Quiero una sala grande y oscura en la que apenas pueda moverme, con cuerpos estrujados unos con otros. Quiero oír mil canciones a todo volumen. Quiero bailar tan deprisa que mi pelo se estire hasta pisármelo. Quiero que mi voz resuene más fuerte que el bajo. Quiero pasar tanto calor que tenga que masticar hielo.

- Vamos a bailar. Vamos a buscar chicos para acostarnos con ellos.



- De acuerdo. - Zoey coge su bolso y abandonamos la habitación.

Papá sale del salón y sube las escaleras hasta la mitad. Finge que va al cuarto de baño y actúa como si le sorprendiera vernos.

- ¡Te has levantado! -exclama-. ¡Es un milagro! -E inclina la cabeza ante Zoey con reticente respeto-. ¿Cómo lo has logrado?

Ella sonrío al suelo.

- Sólo necesitaba un pequeño estímulo.

- ¿Cuál?

Me apoyo en una cadera y lo miro a los ojos.

- Zoey va a llevarme a bailar pole dance a un local de éstos.

- Muy graciosa.

- No, en serio.

Papá sacude la cabeza y se acaricia el estómago. Siento lástima por él, porque no sabe qué hacer.

- Vale -digo-. Vamos a una discoteca.

Él mira el reloj como si fuera a decirle algo.

- Yo cuidaré de ella -asegura Zoey. Suena tan cariñosa y sincera que casi le creo.

- No. Tess necesita descansar. En una discoteca habrá demasiado humo y ruido.

- Si necesita descansar, ¿por qué me ha telefoneado?

- Quería que hablaras con ella, no que te la llevaras.

- No se preocupe. -Ríe-. La traeré de vuelta.

Noto que mi felicidad empieza esfumarse porque sé que papá tiene razón. Si voy a una discoteca, luego tendré que pasarme una semana durmiendo. Cuando gasto demasiadas energías, después siempre pago las consecuencias.

- Vale -digo-. No importa.

Zoey me coge del brazo y tira de mí escaleras abajo.

- Tengo el coche de mi madre. La traeré antes de las tres.

Mi padre dice que no, que es demasiado tarde; le pide que me devuelva antes de medianoche. Lo repite varias veces mientras

Zoey saca mi abrigo del armario del recibidor. Cuando salimos a la calle, le digo adiós a mi papá, pero él no me responde.

Zoey cierra la puerta.

- A las doce está bien –le digo.

Ella se gira hacia mí en el escalón.

-Escúchame, si quieres hacer las cosas como es debido, tendrás que aprender a saltarte las normas.

-Pero es que no me importa volver a las doce, de verdad. Además, si no papá de preocupará.

-Pues que se preocupe, qué más da. ¡Para alguien como tú no hay consecuencias!

Nunca se me había ocurrido verlo de ese modo.

## Capítulo 3

Por supuesto, fuimos a la discoteca. Nunca hay chicas suficientes un sábado por la noche y Zoey tiene un cuerpo estupendo. Los gorilas de la puerta babean al verla y nos indican que nos acerquemos al principio de la cola. Ella les dedica unos pasos de baile cuando entramos, y sus ojos nos siguen a través del vestíbulo hasta el guardarropa.

- ¡Que pasen una noche estupenda, señoras! –nos gritan.

No tenemos que pagar. Somos las jefas.

Después de dejar los abrigos en el guardarropa, vamos a la barra y pedimos dos Coca-

Colas. Zoey añade ron a la suya de la petaca que lleva en el bolso. Dice que todos sus compañeros de facultad lo hacen, porque así las copas les salen más baratas. Yo me atenderé a la prohibición de beber, porque me recuerda a la radioterapia. En una ocasión, entre una sesión y otra, me emborraché con una mezcla de bebidas que saqué del armario de los licores de papá, y ahora las dos cosas están asociadas en mi cabeza: el alcohol y el sabor de una irradiación corporal total.

Nos apoyamos en la barra para echar un vistazo al local. Está repleto, y en la pista de baile sobran los cuerpos. Las luces persiguen torsos, culos, el techo.

- Por cierto, llevo condones –dice Zoey-. Están en mi bolso, si los necesitas. –Me toca la mano-. ¿Te encuentras bien?

- Sí.

- ¿No te estás asustando?

- No.

Una vertiginosa sala repleta de gente un sábado por la noche es exactamente lo que quería. He empezado mi lista de cosas y Zoey me está ayudando. Esta noche voy a tachar la número uno: sexo. Y no voy a morir hasta tachar las diez.

- Mira -dice Zoey- ¿Qué te parece ése? -señala a un chico. Baila bien, moviéndose con los ojos cerrados, como si fuera la única persona en la pista, como si no necesitara nada más que la música. Viene todos los fines de semana. No sé cómo se lo monta para fumar porros aquí sin que lo echen. Está bueno, ¿eh?

- No quiero un drogata.

Ella me mira ceñuda.

- ¿De qué coño estás hablando?

- Si está colgado, no me recordará. Y tampoco quiero ningún borracho.

Zoey deja su bebida sobre la barra con un golpe.

- Espero que no estés pensando en enamorarte. No me digas que está en tu lista.

- No, en realidad no.

- Bien, porque detesto recordarte que no tienes tiempo para eso. ¡Ahora, venga, empecemos de una vez!

Me arrastra hacia la pista. Nos acercamos al fumeta para que se fije en nosotras y nos ponemos a bailar.

Y es guay. Es como pertenecer a una tribu, con todos moviéndonos y respirando al mismo ritmo. La gente se mira, examinándose unos a otros. Nadie puede evitarlo.

Estar aquí, un sábado por la noche, bailando y atrayendo las miradas de un chico con el vestido de Zoey... Algunas chicas nunca viven algo así. Ni siquiera esto.

Sé lo que ocurrirá después porque he tenido mucho tiempo para leer y conozco los pasos. El fumeta se acercará más para verlos bien. Zoey no lo mirará, pero yo sí.

Mantendré la mirada un segundo más y él se inclinará hacia mí y me preguntará mi nombre. "Tessa", le diré, y él lo repetirá: la dura T, la doble s silbante, la esperanzada a. Yo ladearé la cabeza para expresar que lo ha entendido bien, que me gusta lo dulce y nuevo que suena mi nombre en su boca. Entonces él extenderá las

manos con las palmas hacia arriba, como diciendo: “Me rindo, ¿qué puedo hacer con tanta belleza?”

Yo sonreiré tímidamente y miraré al suelo. Eso le indicará que puede abordarme, que no voy a morderlo, que conozco el juego. Me rodeará con sus brazos y luego bailaremos juntos, con mi cabeza sobre su pecho, escuchando su corazón, el corazón de un desconocido.

Pero no es eso lo que ocurre. He olvidado tres cosas. He olvidado que los libros no son reales. También que no tengo tiempo para coquetear. Zoey sí lo recuerda. Ella es la tercera cosa que he olvidado. Y actúa.

- Ésta es mi amiga -le grita al fumeta para hacerse oír-. Se llama Tessa. Y le gustaría darle una calada a ese canuto.

Él sonríe, le tiende el canuto, nos observa, demora la mirada en la melena de Zoey.

- Es hierba pura -me susurra ella.

Sea lo que sea, es denso y me pica en la garganta. Me hace toser, me marea. Se lo paso a Zoey, que aspira el humo con fruición y luego se lo devuelve.

Ahora los tres estamos juntos, moviéndonos juntos, notando el ritmo del bajo a través de los pies y hasta la sangre. Imágenes calidoscópicas parpadean en las pantallas de vídeo de las paredes. El canuto va de mano en mano.

No sé cuánto tiempo pasa. Horas quizá. Minutos. Sé que no debo parar, eso es todo lo que sé. Si sigo bailando, los oscuros rincones de la sala no se me echarán encima, y el silencio entre una canción y otra no será tan estentóreo. Si sigo bailando, veré de nuevo barcos en el mar, saborearé berberechos y buccinos y oiré el crujido que emite la nieve cuando es pisada por primera vez.

En un momento dado, Zoey me alarga un nuevo canuto.

- ¿Te alegras de haber venido? -me dice, articulando exageradamente para que le lea los labios.

Hago una pausa para dar una calada, y me detengo estúpida-mente un segundo de más, olvidando moverme. Y ahora el hechizo se ha roto. Intento recobrar algo de entusiasmo como sea, pero noto como si tuviera un buitre posado sobre el pecho.

Zoey, el fumeta y todos los demás que bailan están muy lejos, son irreales, como un programa de televisión. Ya no espero sentirme incluida.

- Vuelvo enseguida –le digo a Zoey.

En la quietud de los servicios, me siento en la taza y me miro las rodillas. Si me subo un poco más el minúsculo vestido rojo, me veo el vientre. Aún tengo manchas rojizas en el estómago. Y en los muslos. Tengo la piel tan seca como un lagarto, por más crema que me ponga. En los brazos se adivinan las marcas de las agujas.

Termino de orinar, me limpio y me bajo el vestido. Cuando abandono el cubículo, Zoey está esperándome junto al secador de manos. No la he oído entrar. Sus ojos son más oscuros que antes. Me lavo las manos muy despacio. Sé que me está observando.

- Tiene un amigo –dice-. Su amigo es más guapo, pero puedes quedártelo, ya que es tu noche especial. Se llaman Scott y Jake, y vamos a ir con ellos a su casa.

Me agarro al borde del lavabo y me miro la cara en el espejo. Mis ojos me resultan extraños.

- Uno de los Tweenies se llama Jake.

- A ver –me espeta Zoey, cabreada-, ¿quieres sexo o no?

La chica que está en el lavabo contiguo me mira de reojo. Quiero decirle que no soy lo que piensa. En realidad soy muy simpática, seguramente le caería bien. Pero no hay tiempo para eso.

Zoey me saca de los servicios y me arrastra de nuevo hacia la barra.

- Ahí están. Ése es el tuyo.

El chico que me señala tiene los pulgares metidos en el cinturón y las manos abiertas sobre la entrepierna. Parece un vaquero con la mirada perdida. No nos ha visto, así que me planto.

- No puedo hacerlo.

- ¡Sí puedes! ¡Vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver!

- ¡No, Zoey!

La cara me arde. Me pregunto si hay forma de respirar aire allí dentro. ¿Dónde está la salida?

Ella me mira con ceño.

- Tú me has pedido esto. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

- Nada. No tienes que hacer nada.

- ¡Eres patética! –Me mira sacudiendo la cabeza y se aleja indignada por la pista de baile en dirección al vestíbulo.

Salgo corriendo detrás de ella y veo el resguardo de mi abrigo en su mano.

- ¿Qué haces?

- Recoger tu abrigo. Te buscaré un taxi para que te pires a casa.

- ¡No puedes irte con ellos dos tú sola, Zoey!

- Ya lo creo que sí.

Abre la puerta y escudriña la calle. Fuera reina el silencio ahora que ya no hay cola, y no se ve ningún taxi. En la acera, unas palomas picotean los restos de pollo de un envase.

- Por favor, Zoey, estoy cansada. ¿No puedes llevarme tú?

- Siempre estás cansada –replica encogiéndose de hombros.

- ¡Deja de ser tan desagradable!

- ¡Y tú deja de ser tan aburrida!

- No quiero irme con unos desconocidos a su casa. Podría pasar cualquier cosa.

- Bien. Espero que pase, porque de lo contrario no pasará absolutamente nada.

Me quedo cohibida, temerosa de pronto.

- Quiero que sea perfecto, Zoey. Si me acuesto con un chico al que ni siquiera conozco,

¿En qué me convertiré? ¿En una fulana?

Se gira hacia mí echando chispas por los ojos.

- Te hará sentir viva. Si te metes en un taxi y vuelves a casa con tu papá, ¿en qué te convertirás?

Me imagino metiéndome en la cama, respirando el aire estancado de mi habitación toda la noche y despertando por la mañana sin que nada haya cambiado.

Zoey ha vuelto a sonreír.

- Vamos. Podrás tachar el primer punto de esa condenada lista tuya. Sé que quieres hacerlo. -Su sonrisa es contagiosa-. Di que sí, Tessa. ¡Venga, di que sí!

- Sí.

- ¡Hurra! -Me agarra de la mano y me lleva de nuevo al interior del local -. Ahora mándale un mensaje a tu padre para decirle que te quedas a dormir en mi casa, y vamos ya.



## Capítulo 4

- ¿No te gusta la cerveza? –me pregunta Jake.

Está apoyado en el fregadero de la cocina y yo estoy de pie, demasiado cerca de él. Lo hago a propósito.

- Me apetecía más el té.

Él se encoge de hombros, entrechoca su botella de cerveza con mi taza, y echa la cabeza atrás para beber. Observo su garganta mientras traga, me fijo en una pequeña cicatriz blanca que tiene bajo la barbilla, una fina línea de algún accidente pasado. Se limpia la boca con la manga y se da cuenta de que estoy mirándolo.

-¿Estás bien?

- Sí. ¿Y tú?

- Sí.

- Bien.

Me sonrío. Tiene una sonrisa bonita. Me alegro. Sería mucho más difícil si fuera feo.

Hace media hora, Jake y su amigo el fumeta se sonreían el uno al otro cuando nos invitaron a Zoey y a mí a entrar en su casa. Esas sonrisas significaban que habían ligado. Zoey les ha dicho que no se hicieran ilusiones, pero de todos modos hemos pasado al salón y ella ha dejado que el fumeta le colgara el abrigo. Se ha reído de sus chistes, ha aceptado los canutos que él le liaba y ha pillado un buen colocón.

La veo a través de la puerta. Han puesto música, una suave melodía de jazz. Han apagado las luces para bailar, trazando lentos círculos en la alfombra sin moverse del sitio. Zoey sujeta un canuto con una mano y tiene la otra metida en el cinturón del fumeta. Él la rodea con los dos brazos, así que parecen sostenerse el uno al otro.

De repente me siento muy sensata, bebiendo té en la cocina, y caigo en que tengo que seguir con mi plan. Al fin y al cabo, todo esto es por mí.

Apuro el té de un trago, dejo la taza en el escurrerplatos y me acerco aún más a Jake. Nuestros zapatos se tocan.

- Bésame –digo, y me suena ridículo, pero a él no parece importarle.

Deja la cerveza a un lado y se inclina hacia mí.

Nos besamos suavemente, rozando los labios; apenas un amago de su aliento. Siempre he intuitido que sabría besar muy bien. He leído todas las revistas que hablan de narices que chocan, exceso de saliva y dónde poner las manos. Pero no sabía que iba a sentir esto, su mentón frotándose contra el mío, sus manos explorando despacio mi espalda, su lengua recorriéndome los labios y penetrando en mi boca.

Nos besamos durante minutos enteros, apretando nuestros cuerpos, estrechándonos. Es un gran alivio estar con alguien que no sabe nada de mí. Mis manos son osadas, se hunden en la curva donde termina su columna para acariciarlo ahí. Qué sano se nota al tacto, qué sólido.

Abro los ojos para saber si disfruta con esto, pero mi mirada es atraída por la ventana que hay detrás de su cabeza, los árboles rodeados por la noche. Unas ramitas negras dan golpecitos en el cristal como dedos. Cierro los ojos y me aprieto contra Jake. A través de mi minúsculo vestido rojo percibo lo mucho que me desea. Suelta un leve gemido gutural.

- Vamos arriba –musita.

Intenta llevarme hacia la puerta, pero le pongo la mano en el pecho para mantenerlo a raya mientras pienso.

- Vamos –insiste-. Quieres, ¿no?

Noto su corazón palpitando bajo mis dedos. Me sonrío, y es verdad que quiero. ¿No he venido para eso?

- Vale.

Su mano arde cuando enlaza sus dedos con los míos y me conduce por el salón hacia las escaleras. Zoey está besando al fume. Lo tiene con la espalda contra la pared y le ha encajado una

pierna entre las tuyas. Cuando pasamos por su lado, los dos se dan la vuelta.

Están despeinados y acalorados. Ella me saca la lengua, que brilla como un pez en una cueva.

Suelto a Jake para coger el bolso de Zoey del sofá. Rebusco, consciente de que todos tienen los ojos puestos en mí, de la morosa sonrisa en la cara del fumeta. Jake se apoya en el marco de la puerta, esperando. ¿Le está mostrando un pulgar alzado a su amigo? No soy capaz de mirar, ni de encontrar los condones; ni siquiera sé si van en un paquete o una caja, o qué aspecto tienen. Abochornada, decido llevarme el bolso. Si Zoey necesita uno, tendrá que subir a buscarlo.

- Vamos –digo.

Sigo a Jake escaleras arriba, concentrándome en el contoneo de sus caderas para que no decaiga mi ánimo. Me siento una poco extraña, mareada y con ligeras náusea. No creía que subir escaleras detrás de un tío fuera a recordarme los pasillos del hospital. A lo mejor sólo es cansancio. Intento recordar las normas sobre los mareos: siempre que sea posible, respira aire fresco, abre una ventana o sal al exterior. Utiliza la terapia de la distracción, haz algo, cualquier cosa, para no pensar en ello.

- Aquí –anuncia.

El cuarto de Jake no es nada especial: una habitación pequeña con un escritorio, un ordenador, libros desperdigados por el suelo, una silla y una cama individual. En las paredes hay unos cuantos pósters en blanco y negro, de músicos de jazz sobre todo.

Me observa mientras miro la habitación.

- Deja el bolso por ahí.

Recoge la ropa sucia que hay sobre la cama y la tira al suelo, estira el edredón, se sienta y da unas palmaditas junto a él.

Yo no me muevo. Si me siento en esa cama, necesito que la luz esté apagada.

- ¿Podrías encender esa vela? –pido.

Él abre un cajón, saca cerillas y se levanta para encender la vela que hay sobre el escritorio.

Apaga la luz del techo y vuelve a sentarse.

Delante tengo un chico real, de carne y hueso, mirándome, esperándome. Es mi momento, el corazón me palpita con fuerza. Tal vez la única forma de acabar con esto sin que él termine pensando que soy una completa idiota sea fingirme otra persona. Decido ser Zoey y empiezo a desabrocharme su vestido.

Él me mira, un botón, dos botones. Se relame los labios. Tres botones.

- Déjame a mí.

Sus dedos son veloces. Ya lo ha hecho antes. Otra chica, otra noche. Me pregunto dónde estará ella ahora. Cuatro botones, cinco, y el minúsculo vestido rojo se desliza desde los hombros hasta las caderas, cae al suelo y aterriza a mis pies como un beso. Saco los pies y me planto delante de Jake en bragas y sujetador.

- ¿Qué es eso? -Frunce el entrecejo al verme la piel arrugada del pecho.

- Estuve enferma.

- ¿De qué?

Le cierro la boca con besos.

Huelo diferente ahora que estoy prácticamente desnuda, a cálido almizcle. Él sabe diferente, a humo y algo dulce. A vida quizá.

- ¿No te quitas la ropa? -le pregunto con mi mejor imitación de la voz de Zoey.

Jake se saca la camiseta por la cabeza levantando los brazos. Durante unos segundos no puede verme, pero me lo enseña todo: el torso estrecho, joven y pecoso, el oscuro vello de las axilas.

Tira la camiseta al suelo y vuelve a besarme. Intenta abrirse el cinturón sin mirar y con una sola mano, pero no puede. Se aparta, sin dejar de mirarme mientras desabrocha agitadamente el botón y baja la cremallera. Se quita los pantalones y se queda en ropa

interior. Hay un momento en que vacila; parece cohibido. Me fijo en sus pies, inocentes como margaritas con sus calcetines blancos, y siento la necesidad de darle algo.

- Es la primera vez que hago esto –confieso-. Nunca he llegado hasta el final con ningún tío.

La vela gotea.

Él no dice nada durante unos instantes, luego sacude la cabeza como si no acabara de creérselo.

- Vaya, es increíble.

Yo asiento.

- Ven.

Me hundo en su hombro. Es reconfortante, como si todo pudiera ir bien. Jake me rodea con un brazo y me sube la otra mano por la espalda para acariciarme la nuca. Su mano es cálida. Hace dos horas ni siquiera sabía su nombre.

Tal vez no tengamos que acostarnos. Tal vez podríamos tumbarnos simplemente y acurrucarnos, dormir uno en brazos del otro bajo el edredón. Tal vez nos enamoremos. Él buscará una cura y yo viviré para siempre.

Pero no.

- ¿Tienes condones? –susurra-. Me he quedado sin.

Agarro el bolso de Zoey y lo vuelco en el suelo a nuestros pies; él recoge un condón, lo deja preparado sobre la mesita de noche y se quita los calcetines.

Yo me desprendo despacio del sujetador. Nunca he estado desnuda delante de un tío. Él me mira como si quisiera comerme, preguntándose por dónde empezar. Oigo los latidos de mi corazón. A Jake le cuesta librarse de los calzoncillos con la erección. Yo me quito las bragas y de pronto estoy temblando. Los dos estamos desnudos. Pienso en Adán y Eva.

- Todo irá bien –asegura él; me coge la mano y me lleva hasta la cama. Aparta el edredón y nos metemos dentro. Es un barco. Es una madriguera. Es un lugar donde ocultarse-. Te va a encantar.

Empezamos besándonos, lentamente al principio. Sus dedos recorren despacio el contorno de mis huesos. Me gusta; lo dulces que somos el uno con el otro, la lentitud a la luz de la vela.

Pero no dura mucho. Sus besos se hacen más intensos, su lengua se introduce hasta el fondo, ávida. También sus manos se apresuran, apretándome, frotándome. ¿Busca algo en particular?

No deja de decir: “Oh, sí, oh, sí”, pero no creo que me lo diga a mí. Tiene los ojos cerrados y mis pechos le llenan la boca.

- Mírame -le pido-. Necesito que me mires.

Él se incorpora sobre un codo.

- ¿Qué?

- No sé qué hacer.

- Lo haces bien. -Sus ojos están tan oscuros que no los reconozco. Es como si se hubiera convertido en otra persona, ni siquiera es el semidesconocido que era unos minutos antes-

Todo va bien.

Y vuelve a besarme el cuello, los pechos, el vientre, hasta que su rostro desaparece de nuevo.

Sus manos también descienden, y no sé cómo decirle que no lo haga. Aparto las caderas, pero él no se detiene. Mete los dedos entre mis piernas y ahogo una exclamación de sorpresa, porque nadie me lo había hecho antes.

¿Qué me pasa que no se cómo hacer esto? Pensaba que lo sabría, que sabría lo que iba a ocurrir. Pero todo va muy deprisa sin mí, como si Jake me obligara a hacerlo, cuando se supone que yo debería llevar las riendas.

Me aferro a él, le rodeo la espalda con los brazos y le doy unas palmadas como si fuera un perro que no comprende.

Él se incorpora.

- ¿Estás bien?

Asiento.

Alarga la mano hacia el condón que ha dejado en la mesita. Lo miro mientras se lo pone. Lo hace deprisa. Es un experto en condones.

- ¿Lista?

Vuelvo a asentir. Me parece grosero no hacerlo.

Él se tumba, me separa las piernas con las suyas, se aprieta contra mí, con todo su peso encima. Pronto lo notaré dentro de mí y averiguaré de qué va todo esto. Ésa era mi idea inicial.

Me fijo en muchas cosas mientras los números de neón rojo de su radio despertador pasan de las 3.15 a las 3.19. Me fijo en que sus zapatos descansan de lado junto a la puerta, que no está bien cerrada. Hay una extraña sombra en el techo, en el rincón más alejado, que parece una cara. Pienso en el gordo sudoroso al que vi una vez corriendo por mi calle. Pienso en una manzana. Pienso en lo segura que me sentiría debajo de la cama, o con la cabeza en el regazo de mi madre.

Jake se apoya en los brazos, moviéndose lentamente sobre mí, con la cara vuelta hacia un lado

y los ojos cerrados. Está ocurriendo de verdad. Lo estoy viendo en este momento. Sexo.

Cuando termina, me quedo quieta debajo de él, callada y sintiéndome sobre todo muy pequeña. Permanecemos así un rato, luego Jake se separa y examina mi rostro en la oscuridad.

- ¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

No puedo mirarlo, así que me apego a él, ocultándome entre sus brazos. Sé que estoy haciendo el ridículo. Lloriqueo como un bebé y no puedo parar; es horrible. Jake me acaricia la espalda en círculos, me susurra “Sshhh” al oído y al final me aparta para observarme.

- ¿Qué te ocurre? Ahora no irás a decir que no querías, ¿verdad?

Me seco las lágrimas con el edredón. Me incorporo para poner los pies en la alfombra. Me siento de espaldas a él, parpadeando en busca de mi ropa. Son sombras extrañas esparcidas por el suelo.

Cuando era niña, montaba a caballito sobre los hombros de mi padre. Era tan pequeña que tenía que sujetarme con las dos manos para no caer y, sin embargo, llegaba tan alto que podía meter las manos entre las hojas de los árboles. Jamás podría contarle eso a Jake. No le interesaría. No creo que las palabras lleguen a la gente. Tal vez no llegue nada.

Recojo como puedo mi ropa. El vestido rojo se me antoja más pequeño que nunca. Me lo estiro, tratando de taparme las rodillas; ¿de verdad he ido a una discoteca con esta pinta?

Deslizo los pies en los zapatos y vuelvo a meter las cosas de Zoey en su bolso.

- No tienes por qué irte –dice Jake, apoyado en su codo. Su pecho parece blanco a la luz parpadeante de la vela.

- Quiero irme.

Él se recuesta de nuevo sobre la almohada. Le cuelga un brazo por el borde de la cama; sus dedos tocan el suelo. Sacude la cabeza muy despacio.

Zoey está abajo, en el sofá, dormida. También el fumeta. Están tumbados juntos, con los brazos entrelazados, de frente. Detesto que a ella se le vea tan ufana. Incluso lleva la camisa de él. Sus bonitos botones en hilera me evocan la casa de azúcar de los niños del cuento. Me arrodillo a su lado y le acaricio el brazo levemente. Su piel está caliente. La acaricio hasta que abre los ojos. Parpadea.

- ¡Eh! –susurra-. ¿Ya habéis terminado?

Asiento, y no puedo evitar sonreír, lo que es extraño. Zoey se zafa de los brazos del fumeta, se sienta y pasea la mirada por el suelo.

- ¿Ves el costo por ahí?

Encuentro la lata con la droga y se la entrego, luego me voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua. Creía que ella me seguiría,



pero no lo hace. ¿Cómo vamos a hablar con el fumeta delante? Me bebo el agua, dejo el vaso en el escurrerplatos y regreso al salón. Me siento en el suelo, a los pies de Zoey, mientras ella lame un papel de liar y lo enrolla, luego lame un segundo papel y también lo enrolla. Luego arranca los extremos.

- ¿Y? ¿Cómo ha ido?

- Bien.

Un destello de luz que atraviesa la cortina me ciega. Sólo veo el brillo de sus dientes.

- ¿Es bueno?

Pienso en Jake, que está arriba, con la mano por el suelo.

- No lo sé.

Zoey da una calada, me mira con curiosidad, exhala el humo.

- Has de acostumbrarte. Mi madre me dijo una vez que el sexo eran sólo tres minutos de placer. Yo pensé: “¿Eso es todo? ¡Pues tendrá que ser algo más para mí!” Y lo es. Si dejas que los chicos piensen que lo hacen de fábula, no sé por qué, todo va sobre ruedas.

Me levanto, me acerco a la ventana y descorro las cortinas del todo. Las farolas de la calle aún están encendidas. Todavía falta mucho para el amanecer.

- ¿Y lo has dejado solo ahí arriba? –dice Zoey.

- Eso creo.

- Pues es un poco desconsiderado. Deberías volver e intentarlo otra vez.

- No quiero.

- Bueno, pues no podemos irnos a casa todavía. Estoy hecha polvo.

Apaga el porro en el cenicero, se instala de nuevo junto al fumeta y cierra los ojos. La observo durante horas, viendo el lento movimiento de su pecho al respirar. Una hilera de luces a lo largo de la pared arroja un suave resplandor sobre la alfombra. También

hay una estera, un óvalo pequeño con salpicaduras de azul y gris, como el mar.

Vuelvo a la cocina y pongo la tetera al fuego. Hay un papel sobre la encimera. Alguien ha escrito en él: “Queso, mantequilla, judías, pan.” Me siento en un taburete y añado: “Chocolate

Butterscotch, un paquete de seis de Creme Eggs.” Sobre todo quiero los Creme Eggs, porque me encanta comer esos huevos de chocolate rellenos en Pascua. Faltan doscientos diecisiete días para Pascua.

Tal vez debería ser un poco más realista. Tacho los Creme Eggs y escribo: “Papá Noel de chocolate, envoltorio dorado y rojo con una campanita al cuello.” Puede que a eso llegue.

Faltan ciento trece días para Navidad.

Le doy a vuelta al papel y escribo: “Tessa Scott.” Un buen nombre de tres sílabas, como dice siempre mi padre. Si consigo que quepa mi nombre cincuenta veces en este trozo de papel, todo saldrá bien. Escribo con letra muy pequeña, como si fuera la respuesta de un hada a la carta de un niño. Me duele la muñeca. La tetera silba. La cocina se llena de vapor.